

1 LA LECTURA EN VOZ ALTA

José Luis Corzo

Todos hemos oído alguna vez que la palabra **lección**, significaba lectura en su nacimiento y que iba precedida, incluso, de una *pre-lectio* con la que el profesor preparaba la atención y la comprensión de la verdadera lección, que no era sino la lectura en voz alta de un buen texto. La autoridad no se la daba al profesor su mucho saber, sino su bien escoger los textos que leía. Tras la *lectio*, vendría la *re-lectio* o comentario, la *questio* o problemática y, por fin, la *disputatio* con los oyentes.

Más aún, la lectura individual también se hacía en voz alta en la antigüedad. Hay un hermoso testimonio de san Agustín, sorprendido porque no lo hiciera así san Ambrosio de Milán, cuando fue a verle, quizá por no quedarse afónico o porque ningún posible oyente le interrumpiera pidiendo aclaraciones a la lectura, según él.

Pero una razón más pudiera ser que la palabra, supremo medio de comunicación de los humanos, es – antes que ninguna otra cosa – sonora, oral, fonética, y más aún, visual, porque quien la pronuncia no lo hace a solas (estaría loco, o acaso ensayando un discurso), sino que se la dice a alguien. Y buen susto se llevó Platón ante el invento egipcio de la escritura. Así lo cuenta y lo pone en boca de su maestro Sócrates (¡que no escribió ni una línea!, lo mismo que Jesús de Nazaret) en *Fedro* (275, c-e): “*Apariencia de sabiduría y no sabiduría... Los productos de la pintura y de la escritura se yerguen como si estuvieran vivos, pero si les preguntas algo, se callan con gran solemnidad*”.

Por lo visto, en nuestra época el razonamiento o discurso vivo, no escrito más que “*en el alma del que aprende; discurso que, por un lado sabe defenderse a sí mismo y, por otro, hablar o callar ante quienes conviene*” (lb. 276, a), ha sido vencido por el discurso muerto y sepultado en los papeles de Gutenberg y hoy en el Google. El teatro es de las pocas ocasiones en que los textos muertos se yerguen como vivos; también los templos saben hacerlo, pero la escuela y la universidad no lo tienen por hábito. Y se nota.

El que llora es un llorón, el que lima es un limón, el que bota es un botón y el que lee es un ... Pero el ministerio de Cultura dice que en España no hay leones.

La XX Asamblea de las escuelas Unesco, en el corazón de la Academia universitaria, me dio la ocasión de convertir una conferencia inaugural en una lectura en voz alta, en una lección, con su breve pre-lectura y su re-lectura muy breve. Ana de Lima fue la lectora encargada de convertir unas páginas escritas en una verdadera fiesta para la inteligencia y la emoción. La autodefensa de Milani resonó – como un día ante sus jueces – ante un auditorio de profesores preocupados por la educación a la paz. (El texto está en nuestra sección *el eje*).

Un testimonio de Agustín de Hipona

Cuando [Ambrosio] leía, hacía lo pasando la vista por encima de las páginas, penetrando su alma en el sentido sin decir palabra ni mover la lengua.

Muchas veces, estando yo presente - pues a nadie se le prohibía entrar ni había costumbre de avisarle quién venía -, le vi leer calladamente, y nunca de otro modo; y estando largo rato sentado en silencio -porque ¿quién se atrevía a molestar a un hombre tan atento?-, me largaba, conjeturando que aquel poco tiempo que se le concedía para reparar su espíritu, libre del tumulto de los negocios ajenos, no quería se lo ocupasen en otra cosa, leyendo mentalmente; quizá por si alguno de los oyentes, suspenso y atento a la lectura, hallara algún pasaje oscuro en el autor que leía y exigiese se lo explicara o le obligase a disertar sobre cuestiones difíciles, gastando el tiempo en tales cosas, con lo que no pudiera leer tantos volúmenes como deseaba, aunque más bien creo que lo hiciera así por conservar la voz, que se le tomaba con facilidad.

En todo caso, cualquiera que fuese la intención con que aquel varón lo hacía, ciertamente era buena”. (San Agustín, *Confesiones*, VI,3,3)